

Hugo Cancino (coordinador)

Los intelectuales latinoamericanos entre la modernidad y la tradición, siglos XIX y XX
Francfort, AHILA/Iberoamericana/Vervuert, 2004, 150 páginas

Este segundo volumen de la serie *Cuadernos de AHILA* reúne un conjunto variado de ensayos dedicados a analizar las ideas de figuras intelectuales latinoamericanas, en un amplio arco temporal que cubre desde mediados del siglo XIX hasta el presente, a partir de la perspectiva de la oposición entre modernidad y tradición. Lo que une tan heterogéneo elenco de autores que aquí se analiza, que incluye personalidades político-intelectuales tan diversas como Lucas Alamán, Leôncio Basbaum o Mario Vargas Llosa, es la vocación común de incentivar el progreso e impulsar la modernización de las estructuras sociales y culturales locales.

El primero de los trabajos, de Guillermo Zermeño, rastrea el surgimiento en México de una perspectiva científica de la historia, cuyos orígenes sitúa, contra lo que suele afirmarse, no en el ideario positivista que dominó durante el *porfiriato*, sino antes, en los años inmediatamente posteriores a la ocupación norteamericana, en la obra de los líderes conservadores Lucas Alamán y José Justo de la Cortina, quienes por primera vez hicieron uso sistemático de estadísticas e información cuantitativa como instrumento para reconstruir el pasado. Como muestra Zermeño, este afán de fundar su discurso histórico sobre bases objetivas

no necesariamente excluía el objetivo de poner la escritura de la historia al servicio de los intereses políticos nacionales presentes, según ellos los entendían.

En el capítulo siguiente, Carmen L. Bohórquez analiza la obra del venezolano Laureano Vallenilla Lanz tratando de comprender cómo se articula en ella el intento de desarrollar una metodología científica con su carácter de suerte de ideología oficial del régimen instaurado por Juan Vicente Gómez en 1910. Según muestra la autora, la que opera este vínculo es una visión determinista histórica fundada en la idea de la existencia en la realidad local de enraizadas tendencias espontáneas a la desintegración, cuyos orígenes Vallenilla Lanz sitúa en el período colonial. A ésta se opondría, sin embargo, una tendencia a la integración, pero cuyo desarrollo requiere de la figura de un caudillo que le sirva de aglutinante. Más allá de sus derivaciones políticas, Bohórquez prefiere destacar lo que considera los aportes intelectuales fundamentales de Vallenilla Lanz: la concepción de la historia como proceso y el énfasis en la necesidad de un criterio americano para considerar la realidad local.

Cesia Hirschbein señala, a su vez, las contribuciones de otras tres figuras intelectuales venezolanas: Lisandro Alvarado, quien se propuso

aplicar los métodos propios de las ciencias naturales al campo de las humanidades, Manuel Díaz Rodríguez, quien, contemporáneamente al anterior, introduce nuevos patrones estético-literarios en el canon hasta entonces predominantemente romántico, y Rufino Blanco-Fombona, quien en su obra ensayística aportará elementos para la comprensión del modernismo en América Latina. El impulso común a los tres es el de instituir el “Imperio de la Razón”. La paradoja es que van a rescatar valores liberales para ponerlos al servicio de la dictadura gomecista. Aun así, afirma Hirschbein, harán emerger la conciencia de una identidad latinoamericana que anticipará, en muchos aspectos, y preparará la novelística del *boom*.

Hugo Cancino desanda la actitud reactiva de la Iglesia chilena ante el avance del liberalismo en la segunda mitad del siglo XIX, que se mantuvo, en lo esencial, hasta la década de 1930. Según muestra, contrariamente a la imagen que se impuso recientemente como defensora de la democracia y los derechos humanos, la misma acompañó el curso ultramontano que se impuso entonces desde Roma. El giro ideológico posterior del episcopado chileno se relaciona también, en gran medida, con impulsos provenientes de fuera de él; en particular, la

reorientación del Vaticano en la segunda mitad del siglo XX hacia un cristianismo de orientación social y progresista.

Lucia Maria Paschoal Guimarães discute el ensayo de Licínio Cardoso, *À margem da história da República*, que da su título también a la obra colectiva reunida por él en 1924, en la que se intenta hacer un balance de la experiencia abierta en el Brasil en 1889. En su repaso del pasado reciente, Cardoso habrá de destacar el problema de la falta de cohesión de la nación brasileña, producto de la dislocación del régimen imperial desde la abolición que la República no alcanzaría a resolver. Esto servirá de base a su proyecto de un *idealismo orgánico* que anticipa motivos que luego darán sustento a la fundación del *Estado Novo*.

Nanci Leonzo indaga el catálogo de la biblioteca Eduardo Prado como un modo de reconstruir un *mundo* intelectual, el *mundo elegante* en el que se formó este miembro de una familia notable de San Pablo. Lo que descubre Leonzo, más allá del previsible predominio de textos de orientación católica, es el universo sumamente heterogéneo y, en muchos sentidos, claramente ecléctico de lecturas que orientaron al autor de *A Ilusão Americana*. Esta vasta cultura habrá, en fin, de expresarse en el tono de moderación, pleno de matices, con que articularía su decididamente crítica perspectiva de la cultura de su tiempo, en cuyo mismo desprecio, de todos modos, se denuncia ya un desdén típicamente aristocrático por los valores de la modernidad.

Lená Medeiros de Menezes sigue la trayectoria político-intelectual de un pensador y militante, Leôncio Basbaum, quien llegó a ser en 1927 secretario general de la Juventud Comunista del Brasil, para poco después entrar en una dura disputa con la dirección nacional del partido encabezada por Luís Carlos Prestes. El eje de su crítica se centrará en lo que denuncia como el obrerismo que impregna a dicha dirigencia, a lo que se suma un estilo de conducción formado en las filas militares y que pretende reproducir en el interior del partido un régimen más propio de los cuarteles. En última instancia, afirma Menezes, lo que subyace allí es una disputa, que no habrá de saldarse, por el lugar del intelectual en el seno de las organizaciones políticas militantes.

Pablo Rolando R. Cristoffanini se interroga por los fundamentos del giro ideológico reciente de Mario Vargas Llosa, tras el cual descubre una perspectiva de la realidad latinoamericana, ya presente en los años de su filiación izquierdista, que combina optimismo político con pesimismo económico. Su vuelco político se expresará, de todos modos, en el hecho de que desplazará la fuente de los males que afligen a la región, y que dan fundamento a su pesimismo económico, del plano externo al plano interno. Las posturas antiimperialistas le parecerán ya como simples reveladoras de un típico complejo local de víctimas que hunde sus raíces en la Conquista. No obstante, su discurso comparte todavía otro rasgo en común con las

perspectivas de izquierda que combate: una visión globalizante que excluye *a priori* toda otra opción como legítima.

Finalmente, Rogelio de la Mora V. analiza los cambios que se produjeron en el último medio siglo en los modos de interpelación de la intelectualidad mexicana a la sociedad. El punto de partida es la masacre de Tlatelolco, y, en particular, la figura de Octavio Paz como epítome de intelectual crítico de esos años. Su trayectoria muestra la importancia del mundo de las revistas literarias como medio para la articulación de un discurso crítico del régimen que logrará acogida en vastos sectores de la sociedad mexicana y conferirá a las figuras intelectuales en torno de las cuales tales medios habrán de gravitar una autoridad moral casi indisputada. El surgimiento del EZLN marca, en cambio, la emergencia de un nuevo tipo de intelectual, que cambia la ciudad de México por Chiapas y desplaza de su centro el mundo de las élites letradas urbanas por las masas campesinas. Sin embargo, afirma el autor, el uso masivo de Internet le permitirá, al mismo tiempo, dirigirse a una audiencia globalizada que lo conecta con una masa de seguidores desplegada por las más diversas regiones y comunica inmediatamente con los centros de producción cultural. Por su parte, el proceso de investigación de los sucesos de 1968, que llevó por primera vez en ese país a un ex presidente a declarar ante la justicia, muestra otra nueva característica que distingue a la intelectualidad mexicana de los

últimos años. Ésta ya perderá sus vínculos con el poder para ejercer preferentemente su acción desde un nuevo tipo de organizaciones, las ONGs, que son las que encabezarán, justamente, la campaña exigiendo justicia por las violaciones a los derechos humanos por parte del régimen priísta.

En la Introducción al volumen que reseñamos Hugo Cancino intenta definir qué cabría aquí entender por *modernidad*. Según señala, el término se refiere “al movimiento ideológico, cultural y civilizatorio, que alcanzará su más alta expresión

en el discurso de la filosofía de la Ilustración y de la revolución francesa”, y, aclara, éste “tiene sus raíces remotas en el Renacimiento y en la Reforma”. Los ensayos allí reunidos nos descubren, en cambio, que el marco adoptado, organizado alrededor de la oposición entre tradición y modernidad, abre un campo de análisis que no alcanza, sin embargo, a contener. La inmensa variedad de perspectivas al respecto que ellos nos revelan desafía claramente cualquier intento de fijar conceptualmente la modernidad, descubrir ciertos rasgos esenciales que le

confieran al término un sentido determinado, más allá de los modos cambiantes de su definición. Aun así subsiste el hecho de la centralidad que ha tenido y tiene tal antinomia en los modos de articulación de todo discurso sobre la realidad latinoamericana. Y esto parece obligarnos, pues, a reorientar la mirada sobre el propio marco conceptual, tornar la dicotomía entre tradición y modernidad de premisa analítica en objeto, ella misma, de análisis histórico.

Elías José Palti
UNQ / UNLP / CONICET